

El encuentro con el otro en la Biblia

Dolores ALEIXANDRE PARRA, R.S.C.J.

Madrid

Desde que Adán encontró a Eva en el jardín, todo en la Biblia son encuentros interpersonales. Hay encuentros fortuitos como el de Jacob con Raquel y encuentros planeados como el de Rut y Booz en la era, o el de Eleazar con Rebeca; hay encuentros, como el de María e Isabel, en el que a la iniciativa de una de las protagonistas responde la acogida de la otra y desencuentros como el de Pablo con los atenienses, porque éstos rechazan sus palabras y su presencia entre ellos.

Como el tema es tan amplio, he decidido focalizar la atención solamente en las parábolas y, dentro de ellas, en aquellas en las que se dan situaciones de *encuentro* o *desencuentro*. El que sea el propio Jesús quien imagina y «diseña» esas situaciones creo que les da un interés excepcional y hace de ellas el mejor «taller de aprendizaje» para el encuentro con el otro.

He elegido siete de Mateo y ocho de Lucas.

De Mateo: el tesoro y la perla (13,44-46), los dos hijos enviados a la viña (21,28-32), el deudor no compasivo (18,23-35), el amo generoso (20,1-16), los talentos (25,14-30), el juicio final (25,31-46).

De Lucas: la oveja perdida (15,4-7), la dracma perdida (15,8-10), el padre bueno (15,11-32), el samaritano (10,30-37), el amigo importuno (11,5-8), la invitación al banquete (14,15-24), el administrador pródigo (16,1-89), el rico y Lázaro (16,19-31).

Voy a analizar estos elementos de cada narración: los *personajes*, el *tiempo*, el *espacio*, las *mediaciones*, los factores que *favorecen* o *dificultan* el encuentro, lo que *aprendemos* sobre Dios y sobre nosotros mismos a partir de todo ello.

1. Los personajes

1.1. *Intervención buscadora y estrategias*

En algunas parábolas se acentúa la intervención buscadora de una de las partes: en la invitación al banquete la iniciativa es del anfitrión y en las de la oveja y la dracma perdidas, son el pastor y la mujer los que emprenden la búsqueda.

El mercader de perlas pone en marcha su experiencia de perito para encontrar la perla preciosa y el administrador pródigo emprende una estrategia muy calculada para conseguir ganarse amigos y ser recibido por ellos después de su despido.

El padre de los dos hijos enviados a la viña, el hombre noble que repartió los talentos a sus criados y el anfitrión del banquete, proponen un «lugar de encuentro»: la viña como lugar de trabajo para los dos hijos, la actividad negociadora para los siervos y la participación de su mesa para los invitados. Los tres expresan un deseo o una orden («ve a trabajar a mi viña», «venid a mi banquete», «les encomendó su hacienda») y esperan que se producirá un encuentro entre su deseo y el de aquellos a los que se dirigen, pero, al depender de la decisión libre de éstos, sólo se da esa coincidencia «llamada/respuesta» en el caso del hijo que se negó a ir a la viña pero por fin fue, y en los siervos que negociaron con el dinero. En cambio, el hijo que dijo que sí pero no fue, el criado que enterró su talento y los primeros invitados, decidieron no responder al deseo de quien les había convocado.

1.2. *Cómo superan el desencuentro inicial*

El pastor y la mujer, al caer en la cuenta de lo que han perdido, se ponen a buscarlo «hasta que lo encuentran» (no hasta que se hace de noche, o hasta que se cansan...); el padre bueno centra toda su atención en mirar a lo lejos por si ve volver al hijo que se fue; el anfitrión del banquete, envía «con prisa» a su criado a «llamar a los pobres, lisiados, a los ciegos y cojos» que estaban en los márgenes.

En cuanto al administrador pródigo, al ser acusado ante su amo de malversación de fondos, analiza con frialdad su situación y diseña una nueva estrategia de supervivencia: cómo pasar del «desencuentro» con su amo al «encuentro» con los acreedores. No puede extrañarnos la

felicitación que recibe al final de su actuación: realmente es el personaje que mejor maneja las estrategias de encuentro.

1.3. *Sentimientos de los personajes*

El encuentro de la oveja y de la dracma perdidas provocan alegría en los que las perdieron y esa alegría requiere una convocatoria de amigos y vecinas para que la compartan. En ambos casos es el instinto de posesión lo que pone en marcha la búsqueda: ni el que poseía cien ovejas ni la mujer, se sienten contentos con lo mucho que les quedaba, sino que buscan la forma de reponer lo perdido. Según el Evangelio apócrifo de Tomás: «El reino se parece a un pastor que tenía 100 ovejas. Se perdió una de ellas que era la más gorda. Él dejó las otras 99 y buscó a esta sola hasta encontrarla. Tras esa fatiga le dijo: a ti te quería más que a las 99»¹. Pero en la parábola de Jesús la oveja más querida lo es *por haberse perdido*.

Del padre bueno contemplamos las manifestaciones externas de su ternura hacia el hijo que volvía: «Salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos».

En cuanto al anfitrión del banquete, aparece sujeto a emociones de frustración y ¿despecho? que no disimula: «se encolerizó»; y ese sentimiento desemboca en el envío «a toda prisa» de su siervo para buscar otros invitados.

El sentimiento de vergüenza ante la posibilidad de tener que mendigar está en la raíz de la decisión del administrador de buscar otro modo de supervivencia.

1.4. *Culminación del encuentro*

Compartir la cena con los nuevos invitados traídos de los caminos y reunir a los amigos y vecinas para celebrar el encuentro de la oveja y la dracma, insinúan una relación consolidada por una comida en común. Y lo mismo ocurre con la invitación: «Entra en gozo de tu señor» dirigida a los siervos que negociaron con los talentos.

¹ Cf M. ALCALÁ, *Los Evangelios de Tomás, el Mellizo, y María Magdalena*, Mensajero, Bilbao 1999, 66.

En cuanto a la inesperada felicitación del amo a su administrador por haber actuado de una manera tan injusta como inteligente, ¿no insinúa un nuevo tipo de relación entre ambos que quizá hizo que se superara la ruptura inicial?

Pero es en la parábola del padre bueno en la que la culminación del encuentro se describe con más profusión de detalles: al hijo que volvió lo revisten con el mejor vestido y calzado y ponen un anillo en su mano; para la fiesta se mata el mejor ternero y se contratan músicos y cantores. Y el hijo mayor escucha de labios de su padre algo que quizá nunca habría oído si no se hubiera encolerizado: «Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo».

En todos los casos aparece insinuada una nueva situación de creciente intimidad e implicación mutua, de participación y complicidad creadas por el encuentro.

2. El espacio

Una de las consecuencias del encuentro es la anulación de las distancias:

- la que existía entre los pobres, lisiados, ciegos y cojos que habitaban en los márgenes y la mansión del anfitrión;
- la oveja perdida está ahora sobre los hombros de su dueño (un lugar en el que seguramente no estaría antes de perderse), y la moneda, en manos de la mujer;
- la distancia entre el hijo que se fue y su padre queda anulada en el abrazo en que se funden los dos: ha sido el padre quien ha hecho todo lo posible por superarla corriendo hacia él. También el hijo había comenzado a superar el distanciamiento que le separaba de su propia interioridad cuando «entró dentro de sí». El padre sale al encuentro del hijo mayor para intentar anular la distancia que existe entre los dos hermanos, pero su intento queda en suspenso porque no sabemos si el mayor optará por la proximidad de su hermano o por la distancia y el rechazo;
- al hombre herido de la cuneta le salva la vida que el samaritano que pasaba por allí se acerque a él y no dé un rodeo, como habían hecho el sacerdote y el levita;
- el retorno del señor que se había ausentado anula también la distancia creada por su ausencia; y el banquete al que invita a los siervos que habían negociado correctamente, crea una nueva situación de reencuentro y fiesta compartida.

Sin embargo, existen proximidades engañosas: el rico y Lázaro estaban muy cerca uno de otro, pero los separaba la barrera de indiferencia del primero.

3. El tiempo

En algunas de estas parábolas la *inversión de tiempo*, el *aplazamiento* y lo *procesual* cobran una gran importancia:

- la búsqueda de la oveja y la moneda perdidas no aparece condicionada por el tiempo dedicado: el hombre y la mujer que las perdieron, emplean todo el tiempo necesario *hasta que las encuentran*;
- el hijo que se negó en un primer momento a ir a trabajar en la viña de su padre dispuso de tiempo para cambiar de opinión y de conducta;
- en la parábola del deudor no compasivo, todo se juega a la hora de conceder tiempo al otro para pagar la deuda: la compasión aparece en relación directa con el tiempo otorgado al deudor para pagar su deuda y por eso el tiempo concedido o negado se convierte en el elemento decisivo;
- el amigo importuno que pedía a la puerta de su amigo consiguió lo que buscaba gracias al tiempo invertido en insistir sin cansarse;
- el tiempo transcurrido entre la marcha del hijo menor y su retorno, junto con las circunstancias adversas vividas, jugó un papel importante a la hora de decidirse a volver. Durante toda esa etapa el padre seguía mirando el camino para ver si volvía;
- los siervos dispusieron de tiempo para negociar con los talentos y el banquete preparado tuvo que esperar (¿se quedó frío?) a que hubiera comensales dispuestos a comerlo;
- el administrador pródigo juega con la suposición de que, cuando pase un tiempo, los acreedores beneficiados le reconocerán y agradecerán los favores prestados;
- en la parábola del hombre que encontró el tesoro, el tiempo aparece como un factor de riesgo: las posesiones no se venden en un momento, y durante el tiempo transcurrido entre la decisión y el momento en que se encontró con el dinero suficiente para la compra del campo, otro podía descubrirlo y apoderarse de él.

Pero, como en el discurso de Jesús todo es sorprendente, en la parábola del amo generoso no son las horas trabajadas en la viña las determinantes a la hora del salario: la generosidad del dueño relativiza hasta hacer saltar por el aire los criterios de tiempo empleado y méritos acumulados.

4. Las mediaciones

Las mediaciones materiales y concretas juegan un papel determinante para los encuentros, empezando por los *alimentos*: el banquete, los panes pedidos al amigo, el aceite y el vino del samaritano, el pan, agua, vestido y techo compartidos con los más pequeños, el ternero cebado, las migajas del banquete negadas a Lázaro o las algarrobas al hijo menor que guardaba cerdos.

El *dinero* es otro elemento importante: hay jornales, denarios, facturas, dinero prestado y no devuelto, talentos confiados... De cómo manejen los protagonistas factores como la apropiación, el endeudamiento, la gestión, la cesión, el uso, la negociación o la acumulación, va a depender el desenlace final de la historia. Por otra parte, nadie podrá protestar porque lo que se le pidió fue algo extraordinario o alejado de las circunstancias de su vida ordinaria, porque los elementos que se manejan son los más elementales y concretos: agua, pan, techo, vestido o tiempo ofrecidos a quienes los necesitan. El uso que se dé al dinero se convierte en un factor decisivo de encuentro.

5. Lo que favorece o dificulta el encuentro

5.1. Factores favorables

La *carencia* y la pobreza de los mendigos, ciegos y cojos que estaban en los márgenes hizo de ellos invitados idóneos para disfrutar del banquete que se les ofrecía gratuitamente.

La actitud de *búsqueda* insatisfecha hizo que el mercader siguiera atento hasta encontrar la perla preciosa.

Tanto el hombre que encontró el tesoro como el samaritano, muestran una gran *capacidad de reacción* ante los imprevistos: en un momento se hacen cargo de la situación de novedad que ha llegado de manera inesperada a sus vidas y toman decisiones adecuadas.

Hacer pasar *lo humano* elemental antes que cualquier normativa religiosa (no tocar un posible cadáver en el caso del hombre herido) es otra disposición importante, lo mismo que la *capacidad de riesgo* (negociar con los talentos podía salir mal y acarrear su pérdida).

Los protagonistas de la parábola del juicio no consiguen sentarse a la derecha del Señor como premio a su búsqueda de Dios, sino de cómo fue su *vida relacional* y cómo emplearon sus bienes en una situación asimétrica. Encontraron a Dios al compartir con otros lo que estos no tenían, sin que aparezca de manera explícita su determinación de buscarlo.

5.2. Factores desfavorables

La *satisfacción* y dedicación a los propios bienes tenían tan ocupados y distraídos a los primeros invitados al banquete, que se perdieron la participación en él. Fue la ausencia de deseo lo que les impidió encontrarse con el que les invitaba.

El sacerdote y el levita representan un tipo de *cumplimiento religioso* y una *sujeción a lo legal* que impidieron el encuentro con el hombre herido.

El *endurecimiento* de corazón del hijo mayor que le hacía vivir en su casa como si fuera un siervo, le incapacitó para alegrarse de la vuelta de su hermano y de sentir como suyo todo lo de su padre.

El *temor a arriesgar* y a perder el talento y la imagen falsa que se había creado de su señor, llevaron al siervo a esconderlo.

6. Lo que aprendemos de Dios a la hora de encontrar al otro

Los comportamientos de los personajes con los que Jesús parece identificar al Padre son la mejor escuela de aprendizaje para nuestros encuentros interpersonales.

Lo presenta como un *buscador incansable*, paciente e insistente; la iniciativa de la búsqueda parte siempre de Él. Se muestra como un *poseedor codicioso* y ávido de guardar lo que le pertenece, que no soporta la más mínima pérdida ni disminución en sus haberes y deja su alegría a merced de lo que encuentra. Es así como experimentamos los humanos las riquezas, y por eso lo que se

nos está comunicando es que somos considerados como una riqueza deseable para Dios. Estamos invitados a aprender de Él a invertir en relaciones en vez de en cosas.

Sus *estrategias de búsqueda* pueden provocar turbación y crisis: lo mismo que la mujer barrió la casa para encontrar la moneda, Dios puede desordenar, cambiar cosas de sitio y revolucionar la casa de nuestra vida con tal de encontrarnos. Presenta rasgos de *imprudencia* al dejar en el desierto todo un rebaño y, cegado por la obsesión de buscar lo perdido, abandona lo seguro y prefiere lo incierto. En su conducta como padre aparece como *despilfarrador* y más pendiente del retorno de su hijo que de los asuntos de la casa (siempre le vemos fuera de ella...), abandonándola para salir al encuentro de cada uno de sus hijos.

Se reserva los *cuándo*s, los *cómo*s y los *dónde*s y no da explicaciones sobre el por qué de su tardanza o su lejanía. Es *imprevisible e incontrolable*, y eso supone para nosotros tener que aprender a encajar retrasos, oscuridades, lejanías e incertidumbres.

Se muestra *sin poder* ni autoridad, no impone la participación en su banquete y se expone a quedarse con la mesa preparada y su sala vacía. No parece inmutarse ante la primera negativa del hijo que se negó a ir a su viña: le *da tiempo y espacio* para que llegue a encontrarse con su deseo.

Aparece como un *contratador inexperto* que se deja llevar por una peligrosa inclinación a favorecer a los que menos méritos tienen y se arriesga así a perder a sus jornaleros más trabajadores, que difícilmente se dejarán convencer por el argumento de la generosidad. Podemos deducir que, imitando su sistema de retribución, nadie conseguirá vendimiar a tiempo ni sacar mucho rendimiento a las viñas. Los encuentros interpersonales pueden resultar ruinosos para la propia economía, aunque enriquezcan en otras dimensiones.

No parece importarle *ser reconocido «en sí mismo»*: le basta con que en el trato mutuo nos comportemos de manera fraterna y compartamos nuestros bienes con los que no tienen casa, techo, pan o vestido. Eso es lo prioritario, por encima de un conocimiento explícito y confesante.

Los responsables de desencuentros con sus hermanos (el rico que vivía indiferente hacia Lázaro, los que no dieron de comer o de beber a los necesitados, el siervo que no perdonó la deuda a su compañero...) no son juzgados a partir de su «credo», sino a partir de su «praxis». No son, por tanto, nuestras declaraciones de intenciones fraternas lo que importan: lo que cuenta son los pequeños pasos que demos hacia los otros.

Para terminar, una breve oración de súplica a Jesús, el experto en encuentros:

Tú, que eres el *samaritano* que te compadeces de nuestra vida herida, te acercas a sanar lo que hay en ella de «medio muerto» y a cuidar lo que está «medio vivo», conduce nuestros pies al encuentro de nuestros hermanos que yacen en las cunetas de la vida.

Tú, que eres el *administrador pródigo* que has derrochado tu hacienda entre nosotros y has cancelado nuestras deudas, recuérdanos que la generosidad y el perdón son las mejores condiciones a la hora de encontrarnos unos con otros.

Tú encontraste un día *el tesoro* de nuestra humanidad escondido en el campo del universo y, por la alegría, vendiste los privilegios de tu condición divina y el ojo que todo lo ve, y compraste ese campo. Contágnanos algo de tu locura para que el encuentro con los otros sea el tesoro de nuestra vida y la verdadera causa de nuestra alegría. Aunque tengamos que venderlo todo para conseguirlo.